

## **LA CULTURA FÍSICA DE ÍBEROS Y CELTAS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA. INSTRUMENTO AL SERVICIO DE LA RELIGIÓN Y DE LA ARISTOCRACIA.**

Gonzalo Ramírez Macías  
Universidad de Sevilla

### **Resumen**

Esta investigación tiene como finalidad fundamental conocer y caracterizar las actividades físicas de carácter deportivo de los pueblos prerrománicos de la Península Ibérica (íberos y celtas). La primera parte de este estudio está dedicada a justificar, fundamentar y contextualizar la investigación. Después se definen las fuentes históricas utilizadas para la obtención de datos. Posteriormente se muestran y analizan los resultados obtenidos en el estudio, los cuales indican que los pueblos prerrománicos peninsulares poseían una rica cultura física, que incluía actividades como la lucha de campeones o el lanzamiento con honda. Finalmente, en el último epígrafe, se exponen las conclusiones de la investigación, las cuales se fundamentan en los resultados de la misma y reflejan características específicas de estas culturas, especialmente en el ámbito de la religiosidad y la aristocracia.

**Abstract:** The main purpose of this research is to know and characterize the physical activities of sport nature practised by the pre-Roman people living in the Iberian Peninsula (Iberians and Celts). The first part of this research is devoted to its justification, basis and contextualization. Then the historical sources used are defined. Later, the results obtained in the research are presented and analysed, what points out that the pre-Roman people living in the Peninsula owned a rich physical culture, which included activities such as the champions' fight or the sling launching. Finally, the research conclusions are expounded, which are based on its results, and show specific characteristics about these cultures, especially in the fields of religion and nobility.

### **Introducción**

El presente trabajo forma parte de una línea de investigación que pretende y propone una revisión histórica referida a la cultura física propia de las diferentes civilizaciones que se han desarrollado a lo largo de la historia, haciendo especial hincapié en las propias de la Península Ibérica.

Muchos de los estudios precedentes han sido orientados bajo la perspectiva de la Historia del Deporte, llevándose a cabo a través de códigos de interpretación contemporáneos

sobre el término deporte. Como afirman Elías y Dunning (1992, 161) “cuando hablamos de deporte aún utilizamos el término indiscriminadamente, tanto en sentido lato, en el cual se refiere a los juegos y ejercicios físicos de todas las sociedades, como en sentido estricto, que entonces denota los juegos de competición en particular que, como la palabra misma, se originaron en Inglaterra durante el siglo XVIII y pasaron de allí a otras sociedades”.

Por tanto el término deporte da lugar a equívocos, más aun cuando estas prácticas se desarrollan en condiciones muy distintas según la sociedad en la que se inscriban. Sirva como ejemplo ilustrativo la comparación que Elías y Dunning (1992, 163-164) hacen de los juegos de competición propios de la Grecia Clásica y el deporte actual: “la ética de los jugadores, las normas por las cuales eran juzgados, las reglas de la competición y la realización propiamente dicha de aquellos juegos diferían notablemente en muchos aspectos de las características del deporte moderno. Numerosos y relevantes escritos de hoy muestran una fuerte inclinación a minimizar las diferencias y exagerar las semejanzas”.

Estos autores destacan, como una de las grandes diferencias, el nivel superior de violencia física en los juegos de competición propios de la Grecia Clásica. Este no es un dato aislado sino sintomático de algunos rasgos propios de la sociedad griega, como su bajo nivel de rechazo a la violencia física, que difiere notablemente de la ética y el juego limpio que trata de imperar en las prácticas contemporáneas denominadas deporte.

Por todo ello, la utilización del término deporte en un estudio de esta índole, desemboca en un planteamiento reduccionista, que limita la necesaria valoración de las interconexiones entre estas prácticas y el contexto histórico que las rodea. En demasiadas ocasiones, a través del filtro condicionante del término occidental deporte, se procede al estudio de manifestaciones de culto o lúdico-religiosas que quedan mediatizadas y desvirtuadas, ya que poco o nada tienen que ver con lo que hoy día se entiende por actividades deportivas.

Con la finalidad de superar el reduccionismo del concepto deporte, se ha optado por utilizar el de cultura física. Para definir este concepto se han tenido en consideración, además de las reflexiones previas descritas con anterioridad, las aportaciones que al respecto realiza Martínez Gorroño (2003). En concreto la definición de cultura física propuesta para esta investigación es la siguiente: conjunto de actividades en las que el ejercicio físico es predominante y que pertenecen al ámbito religioso, lúdico, iniciático o de preparación para la guerra.

Varios son los estudios precedentes sobre la cultura física de civilizaciones pretéritas, sin embargo no todas estas civilizaciones se han investigado con la misma profundidad. Por ejemplo, existen gran cantidad de estudios en torno a las culturas propias de la Edad Antigua, en especial sobre griegos y romanos. Sin embargo es manifiesta la escasez de investigaciones referidas a la Protohistoria<sup>1</sup>, a pesar de que, durante este periodo histórico, en la Península Ibérica se desarrollaron civilizaciones tan importantes como la íbera o la celta. Ello se debe, muy posiblemente, a la escasez de vestigios específicos sobre actividades físicas y, sobretodo, al hecho de que estas culturas, en sus últimos siglos de existencia, coincidieron con el esplendor de otros pueblos de gran riqueza en este campo, como es el caso de los ya citados griegos y romanos. Por todo ello la finalidad básica de esta investigación es analizar fuentes históricas de carácter primario, siempre complementadas con otras de carácter secundario pero de gran relevancia para esta investigación, en torno a la cultura física de las civilizaciones prerrománicas de la Península Ibérica.

### **1. Los pueblos prerrománicos de la Península Ibérica.**

Por aquellos tiempos el mundo explorado se limitaba por el nordeste en el Cáucaso y por Occidente en lo que los griegos llamaron Iberia; más allá, las columnas de Hércules, paso del Mediterráneo al gran mar y al fin del mundo.

Las antiguas culturas hispanas del periodo protohistórico suelen denominarse “indígenas” o, más comúnmente, “prerromanas”. El desarrollo de dichas culturas comienza al final de la Edad de Bronce, entre el segundo y el primer milenio a.C. La riqueza natural de la Península, en especial de minerales como el cobre, plata, plomo, oro y el entonces tanpreciado hierro, propició la pronta creación de colonias comerciales griegas, fenicias y cartagineses que establecieron un importante flujo comercial hacia el Mediterráneo. La presencia de estos colonos del Mediterráneo oriental fue un factor muy importante para el desarrollo de las culturas hispanas, por lo que las costas mediterráneas fueron el contexto originario de muchas de ellas.

En primer lugar hay que citar a Tartesios, civilización que se desarrolla entre los comienzos del primer milenio y el siglo VI a.C., cuando fue destruida por una ofensiva militar púnica (Hernández 2003). Se trataba de una cultura muy desarrollada que estuvo enclavada en el valle del Guadalquivir. El régimen monárquico de los tartesios se sustentaba en una economía donde predominó la metalurgia y la orfebrería, junto con importantes relaciones comerciales con griegos y fenicios.

Según Pellón (2000) a la cultura tartesia le sucedió, como continuadora suya pero con nuevos componentes, la ibérica. Aunque las fuentes clásicas no siempre coinciden en los límites geográficos precisos ni en la enumeración de pueblos concretos, parece que la lengua es el criterio fundamental que los identificaba como iberos desde el punto de vista de griegos y romanos, puesto que las inscripciones en lengua ibérica aparecen a grandes rasgos en el territorio que las fuentes clásicas asignan a los iberos: la zona costera que va desde el sur del Languedoc-Rosellón hasta Alicante, que penetra hacia el interior por el valle del Ebro, por el valle del Segura, gran parte de la Mancha meridional y oriental hasta el río Guadiana y por el valle alto del Guadalquivir. Curiosamente, los griegos también llamaban iberos a un pueblo de la actual Georgia, conocido como Iberia caucásica. Es una cuestión abierta si hay alguna

relación o es simple coincidencia de nombres, pero basándose en esto se ha intentado emparentar el idioma ibero (del que queda poco más que inscripciones funerarias y monedas) con las lenguas caucásicas. Independientemente, también hay intentos de emparentar el euskera con la lengua íbera e incluso con algunas de origen cuacásico.

La tipología de los pueblos íberos es compleja. Siguiendo la costa del Mediterráneo desde Andalucía hasta los Pirineos se hallaban entre otros los siguientes pueblos: túrdulos y turdetanos en el valle del Guadalquivir; bastetanos, oretanos, mastienos y deitanos, ocupando desde las proximidades de Cádiz hasta el sur de la actual Comunidad Valenciana, con mayor diversidad que los anteriores y una fuerte impronta cultural fenicio-cartaginesa; contestanos y edetanos desde el río Júcar al norte de Castellón; sedetanos, ilercavones, ilergetes, suesetanos, layetanos, lacetanos, ausetanos, cosetanos y bargusios en el interior llano y costas de Cataluña; arenosios, andosinos, castelanos, cerretanos, olositanos, jacetanos e indigetes en las zonas pirenaicas y norte costero de Cataluña; y por último estaban los sordones en el Rosellón (Francia).

Desde el punto de vista arqueológico actual, el concepto de cultura íbera no es un patrón que se repite de forma uniforme en cada uno de los pueblos identificados como íberos, sino la suma de las culturas individuales que a menudo presentan rasgos similares, pero que se diferencian claramente en otros y que a veces comparten con pueblos no identificados como íberos. Los íberos diferían entre sí en función de su ubicación en el litoral o en el interior, cerca de los asentamientos griegos de Cataluña o de los púnicos de Andalucía y Levante, de su mayor o menor grado de urbanización, de su forma de gobierno monárquica o aristocrática, de su dedicación prioritaria a la agricultura, ganadería, minería o comercio, entre otras muchas variables. Sin embargo, presentaban también características comunes, como el carácter sincrético de su religión, los rituales funerarios, la iconografía artística (de carácter

animalista y antropomorfo), la lengua no indoeuropea que hablaban, su vocación guerrera y, por supuesto, las relaciones de tipo clientelar que mantuvieron con romanos y cartagineses.

En general el mundo íbero se muestra como un conjunto de culturas evolucionadas y muy sintonizadas con las culturas mediterráneas de la época, lo que permitió a Roma integrarlas más fácilmente al Imperio.

Una historia muy diferente protagonizaron el resto de culturas hispánicas, las cuales habitaron en la meseta y las zonas montañosas. Eran las culturas correspondientes a la Hispania céltica, que remiten al sustrato indoeuropeo más antiguo de la península, y dentro de la cual se hallan pueblos muy importantes y ocupantes de grandes territorios, como los lusitanos que habitaban gran parte de la actual Portugal y de la Extremadura española. Al sur, junto a la costa de Portugal, se hallaban los cinetes, y al norte los vettones y los vacceos, en los cursos medios de los ríos Tajo y Duero, aproximadamente desde Cáceres a las tierras de Zamora; en la Meseta oriental habitaban los Celtíberos y más al norte los vascones, cántabros, astures y galaicos, pobladores de las zonas atlánticas y montañosas del norte peninsular y cuyo origen y formación son imprecisables.

El origen de estos pueblos se explica como resultado de un proceso básicamente interno, correspondiente a un sustrato indoeuropeo hispano originario de culturas neolíticas peninsulares; secundariamente enriquecido por oleadas de gentes de origen centroeuropeo a través de los pasos pirenaicos a lo largo del primer milenio a.C. (Almagro-Gorbea 1993). Los restos arqueológicos permiten afirmar que estos pueblos coexistieron desde el siglo VI a.C hasta su encuentro con Roma en el siglo II a.C, produciéndose diferentes conflictos políticos y bélicos que ocasionaron, poco después del cambio de era, la total incorporación del mundo céltico peninsular al Imperio Romano.

Todos estos pueblos compartían varias características sociales y culturales, que son las que permiten hablar del concepto hispano-céltico, aunque finalmente acabaron sucumbiendo

al proceso de romanización (Lorrio 2001). En general, los pueblos de la Hispania céltica desarrollaron culturas alejadas de los modelos mediterráneos de corte urbano, moraban en castros y estaban dirigidas por elites de marcado carácter guerrero, eran muy belicosos y su economía se basaba en la ganadería, ya que tanto la agricultura como el comercio tuvieron un papel muy secundario. Esta situación provocó frecuentes luchas intestinas por el dominio de los terrenos pastoriles.

Por último, hay que destacar que, a pesar de la proximidad geográfica, el aspecto más relevante del estudio de las relaciones entre celtas e íberos es precisamente la escasez de elementos que atestigüen dichos vínculos antes del siglo III a.C. Según Bendala (2000), se puede considerar que íberos y celtas fueron sociedades vecinas y con elementos de contacto, pero diferentes tanto en su organización social como económica, distancias que se fueron acortando progresivamente a partir de la uniformidad que impuso la presencia romana en el territorio peninsular.

## **2. Fuentes de la investigación.**

La investigación histórica se basa en el estudio y análisis de fuentes, entendiendo a éstas como todo aquello que puede interpretarse como indicio de la presencia/actividad del hombre que nos precedió (Marrou 1968). El problema de las fuentes históricas sobre las culturas prerrománicas peninsulares estriba en su escasez con respecto a otras. No obstante, según varios investigadores [Almagro-Gorbea (1993), Cerdeño (1999), Bendala (2000), Pellón (2006)], el registro de restos arqueológicos peninsulares prerrománicos, proporcionados por un gran número de yacimientos (fundamentalmente ciudades, castros y necrópolis), posibilita un conocimiento detallado de una gran cantidad de objetos empleados por aquellas gentes en diferentes facetas de su actividad social, económica y doméstica. Estos objetos (cerámicas, relieves, fíbulas, broches, armas, utensilios de cocina, arreos de caballos,

ajuares funerarios, etc.) conforman, junto con las referencias en torno a estos pueblos dadas en la obra *Geografía* de Estrabón, específicamente en el libro III (dedicado íntegramente a Iberia), las fuentes históricas primarias manejadas en esta investigación. No obstante, con objeto de completar y detallar los datos obtenidos en las fuentes primarias, se han utilizado fuentes documentales secundarias, concretamente investigaciones previas realizadas por especialistas en el estudio de los pueblos prerrománicos de la Península Ibérica.

### **3. Cultura física de los pueblos prerrománicos de la Península Ibérica.**

Los resultados obtenidos en esta investigación, a tenor de los datos existentes en las fuentes estudiadas, indican que las culturas prerrománicas de la Península Ibérica practicaban una gran variedad de actividades propias del ámbito de la cultura física. Estas prácticas han sido clasificadas, para un mejor análisis de las mismas, según un criterio cultural ya defendido por Lavega (2000), referente al ámbito socio-cultural desde el que surgen o desde donde se inspiran cada una de ellas. Bajo este criterio se han diferenciado las siguientes categorías:

Cultura física en el ámbito militar: A medida que las sociedades de cazadores-recolectores comienzan a dominar la agricultura y la ganadería y, por tanto, a establecerse de forma permanente, surge la necesidad de defender el territorio propio e incluso realizar nuevas conquistas. A partir de esta situación comienzan a proliferar actividades relacionadas con la preparación para la guerra y que los miembros de esas comunidades practicaban con asiduidad.

Cultura física en el ámbito religioso: Ya desde las primeras comunidades de hombres y mujeres, y por supuesto en las primeras civilizaciones, surgió la necesidad de encontrar argumentos ante la incesante incertidumbre de los acontecimientos cotidianos. Ante esta situación las fuerzas de la naturaleza fueron deificadas, convirtiéndose en los primeros dioses. En la Península Ibérica, por los datos que aportan las fuentes históricas, la religión celtíbera adoraba

a los astros (fundamentalmente la luna y el sol) y al agua. Por su parte los íberos desarrollaron unas creencias religiosas más avanzadas (debido a sus continuas relaciones con fenicios, griegos y cartagineses) en las que el culto a las montañas, las aguas y los árboles tuvieron especial relevancia.

En este contexto religioso surgieron muchas prácticas que adquirieron una dimensión divina y que eran utilizados como ofrendas a estas deidades naturales. Con ellas se buscaba asegurar una buena caza, provocar lluvias, garantizar la fertilidad.

Cultura física en los ritos iniciáticos: Gran parte de los pueblos de la Protohistoria e incluso algunos pertenecientes al periodo de la Historia Antigua, desarrollaron ritos iniciáticos, entendidos como pruebas que debía superar el aspirante para pertenecer a un grupo (normalmente tenían lugar en el paso de la niñez a la adultez). Muy probablemente los más famosos fueron las Kripteias espartanas, pero otros muchos pueblos desarrollaron prácticas de la misma índole, incluyendo a los prerrománicos ibéricos.

### **3.1 Cultura física en el ámbito militar.**

Las sociedades prerrománicas de la Península Ibérica se caracterizaron por una inestabilidad constante, debido a las luchas intestinas entre los diferentes pueblos y a los enfrentamientos con los colonizadores (fenicios, griegos, púnicos y romanos). Esta inestabilidad se refleja en dos características fundamentales, en primer lugar la aparición de ciudades fortificadas en el área de influencia íbera y de castros en la Hispania céltica. En segundo lugar el hecho de que, tanto íberos como celtas, desarrollaron una organización social cada vez más jerarquizada, en la que se favoreció la existencia de guerreros especializados que evolucionaron dando lugar a clanes gentilicios de carácter hereditario, conformando las llamadas aristocracias guerreras (Pellón 2006). El rasgo distintivo de estas

elites era el caballo, de ahí la gran cantidad de piezas de orfebrería y cerámica que remiten a este animal.

De hecho, en la cultura íbera, los caballos poseían un estatus cuasi sagrado, existiendo varios relieves de índole religiosa, como el de Villaricos (Jaén) o el de Sagunto, en el que un personaje, identificado con un dios, sujeta con sus manos los belfos de dos caballos situados a sus lados (Chapa 1985), lo cual incide en el carácter sacramental de los equinos y la eminente superioridad de los que los domaban y montaban, los nobles.

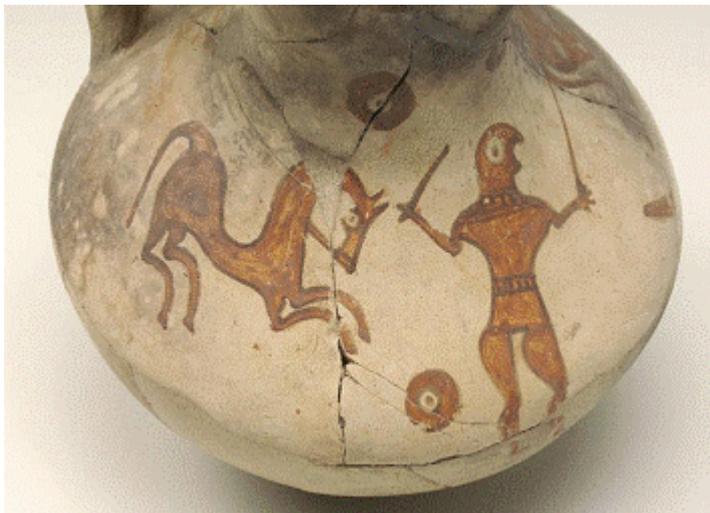
En el caso de la cultura céltica peninsular el valor aristocrático de los équidos queda patente no sólo en las estelas funerarias halladas en Lara de los Infantes o en las cerámicas numantinas, sino en los muchos broches, fíbulas y demás objetos de orfebrería con motivos ecuestres descubiertos en los diferentes yacimientos.



**Fíbula zoomorfa. Poblado de la Hoya (Álava, España).**

Estos guerreros ecuestres debían obediencia absoluta a su jefe, al cual, tanto en la cultura íbera como en la celta, se unían mediante un juramento sagrado, la devotio, por el que permanecerían a su lado hasta la muerte. Los jefes o dux, como eran conocidos por los escritores grecolatinos, no sólo poseía su caballo como elemento diferenciador, sino que a ello añadía sus armas que tenían un carácter mágico y eran símbolo de su poder, en el caso celta destacaba la espada y en el ámbito íbero el escudo, símbolo de su origen y estirpe (Bendala 2000).

Este contexto provocó que la práctica de la equitación se generalizara dentro de las castas dominantes de estos pueblos (Almagro-Gorbea 1993). Esta situación queda reflejada en múltiples restos arqueológicos, entre los que destacan los relieves monumentales de Osuna (Sevilla) y de Cipo de Jumilla (Murcia), exvotos funerarios, como los del Santuario del Collado de los Jardines (Jaén), fíbulas de jinetes como las halladas en la necrópolis de Numancia (Soria) y la decoración de los calatos o vasos, que tan frecuentemente aluden a la equitación como práctica aristocrática, como es el caso del de San Miguel de Liria (Valencia), el de Archena (Murcia) o el Vaso del Domador de Numancia.



**Vaso del Domador. Numancia (Soria, España)**

Pero no sólo fue la equitación, el marcado carácter guerrero de celtas e íberos y en especial de sus castas aristocráticas, permitió el desarrollo de varias prácticas físicas cuya finalidad era la preparación para la guerra y el exaltamiento de la superioridad y grandeza de dichas elites. En primer lugar los celtas solían entrenarse en combates individuales como parte de su preparación guerrera, de hecho existían las llamadas luchas de campeones, utilizadas para dirimir enfrentamientos personales o entre dos colectivos. Estas luchas eran combates entre dos guerreros con un sentido de juicio divino, muy acorde con el carácter sobrenatural

que le otorgaban a la guerra. De estas luchas de guerreros nos habla Estrabón en su Geografía (1992) afirmando que demuestran el carácter salvaje de estos pueblos y justificando así la conquista de los mismos por parte de Roma, como punto de partida para civilizarlos. Por otro lado, en el famoso Vaso de los Guerreros de Numancia se escenifica un combate de este tipo, en el que los luchadores aparecen ataviados con sus cascos y escudos, así como con el gladius hispaniensis, “la famosa espada celtíbera que incluso llegaron a adoptar los romanos” (Bendala 2000, 268).



**Vaso de los Guerreros. Numancia (Soria, España)**

Por otro lado las elites íberas practicaban, como parte de su formación y entrenamiento, un tipo de lucha que queda manifiestamente representada en una de las esculturas encontradas en el yacimiento de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén). En ella dos oponentes, con pies desnudos, entrelazan sus brazos y cruzan sus piernas. Uno y otro tratan de agarrarse al cinturón del compañero para tirarlo al suelo. Este tipo de lucha está claramente influida por las culturas mediterráneas que tanto influyeron en los pueblos íberos.



**Lucha íbera. Parque arqueológico de Cerrillo Blanco (Jaén, España).**

Según Olmos (2005) el pueblo íbero practicaba, al igual que los celtas, los combates con armas (lanza, falcata y escudo). Afirma este autor que ello queda reflejado, por ejemplo, en una escultura hallada en Cerrillo Blanco, en la que un jinete desmontado alancea a un enemigo que yace en el suelo. Sin embargo, no existen otro tipo de hallazgos que justifiquen la existencia de estos combates; es más otros autores como Pellón (2006) y Chapa (2005) defienden que, los vestigios en los que aparecen representados combates con armas, simbolizan la idealización de la casta dominante de esa sociedad. Añaden que los guerreros sólo portaban sus armas en público cuando realizaban desfiles o danzas ejemplarizantes para los ciudadanos, en las que exhibían sus habilidades con éstas y el caballo.

No obstante, como ha ocurrido en la mayoría de civilizaciones, la actividad preferida de la clase aristocrática, tanto íbera como celta, para afinar sus destrezas guerreras era la caza.

Se cazaba a caballo o a pie, teniendo como única arma una lanza pero siendo ayudados por perros u otros hombres. Estas características quedan patentes, en el ámbito celta, a partir de las escenas venatorias que aparecen representadas en las estelas funerarias halladas en Lara de los Infantes (Burgos) y en Clunia (Peñalba de Castro, Burgos), así como en varias fíbulas, como las encontradas en La Yunta (Guadalajara) y Cañete de las Torres (Córdoba). A partir de estos restos arqueológicos es posible afirmar que las piezas más codiciadas eran jabalíes, ciervos y corzos, ya que estos animales tenían connotaciones mágico-religiosas para los celtas (Jimeno 2001).

En los pueblos íberos la caza llegó a ser muy importante, de hecho, tras la agricultura, era la principal fuente de sustento económico. No obstante esta práctica no sólo se realizaba como medio de subsistencia, ya que los nobles, sobretodo los jóvenes, se ejercitaban asiduamente en esta actividad (Olmos 2005). Sirvan como ejemplos el relieve del Museo Arqueológico de Sevilla, en el que se representa a dos jóvenes que junto a su perro se disponen a ir de caza, la fíbula de plata de Chiclana de Segura (Jaén), la escena venatoria representada en el Vaso Cazorro (Museo Arqueológico de Barcelona) o las esculturas de cazadores, uno con una liebre como presa y otro con perdices, del yacimiento de Cerrillo Blanco. Finalmente hay que resaltar que la presa más valiosa para el íbero era el jabalí, puesto que no se cazaba sólo para conseguir alimento, sino también con un sentido ritual; sus colmillos se utilizaban como talismán en colgantes que tenían una función protectora (Pellón 2006).



**Caza íbera. Parque arqueológico de Cerrillo Blanco (Jaén, España).**

A pesar de la enorme relevancia que poseía la caza, la actividad física del ámbito militar que históricamente más se ha valorado de la cultura íbera era el lanzamiento con honda. Los honderos baleares fueron muy famosos en la antigüedad y varios son los elogios que hablan de la gran destreza que poseían (Cerdeño 1999). Según Estrabón (1992, 117) los honderos se presentaban al combate “llevando al brazo un escudo de piel de cabra y un venablo endurecido al fuego(...). Llevan alrededor de la cabeza tres hondas hechas bien de meláncranis, bien de crines o de nervios, una larga para los lanzamientos a gran distancia, otra corta para los tiros a corta distancia y otra mediana para los medianos”. Dicho escritor afirma que desde niños recibían un adiestramiento concienzudo en la utilización de esta arma, lo cual implicaba una ejercitación diaria. Esta idea es también defendida por Bendala (2000), según el cual para adquirir el nivel de destreza necesario para hendir corazas y cascos metálicos con facilidad, los honderos debían entrenarse de forma continuada y sistemática.

La existencia de honderos en el ámbito íbero peninsular y en el céltico, según Lorrio (1997, 312), “era casi inexistente y siempre más relacionados con una función cinegética o de labores de pastoreo que con un carácter bélico”.

Por su parte, los celtas hispanos desarrollaron una actividad que los diferenciaba del resto de pueblos peninsulares, las razzias de primavera y otoño (Almagro-Gorbea 1993). Éstas consistían en el robo de ganado, personas y riquezas de pueblos cercanos. Según Jimeno (2001) servían como mecanismo para aliviar tensiones dentro del grupo y como forma de adquirir prestigio, pero su finalidad básica era la de proporcionar una adecuada preparación para la guerra. El número de guerreros era muy reducido, siendo el arma esencial la lanza. Las tácticas de combate eran simples, como afirman los autores clásicos peleaban en grupos mezclados los guerreros a pie y a caballo, cayendo por sorpresa en terrenos de escasa maniobrabilidad, con cambios rápidos de ataque y huida.

### **3.2 Cultura física en el ámbito religioso.**

En el ámbito religioso, desde la perspectiva de la cultura física, hay que destacar varias actividades. En primer lugar existían, tanto en la cultura celta como en la íbera, varios ritos de culto al toro como animal sagrado. Estrabón (1992) habla de la gran cantidad de toros que habitan en las tierras de Iberia y, según Fernández (2003), desde el siglo VII a.C existen referencias, dentro de las culturas íbera y celta, de rituales encaminados a utilizar el toro como elemento de sacrificio a los dioses. Esta afirmación se constata por las numerosas esculturas de este animal que han llegado hasta hoy día, tanto en territorio céltico como ibérico, como es el caso de los toros de Osuna o los berracos de piedra hallados en las provincias de Córdoba, Salamanca y Ávila.

En el ámbito celta hay que subrayar las escenas relativas a estas prácticas representadas en varias de las cerámicas de Numancia, dentro de las cuales llama la atención un vaso en el que un hombre aparece danzando con los brazos enfundados en cuernos de toro.



**Berraco. Puente del Congosto (Salamanca, España)**

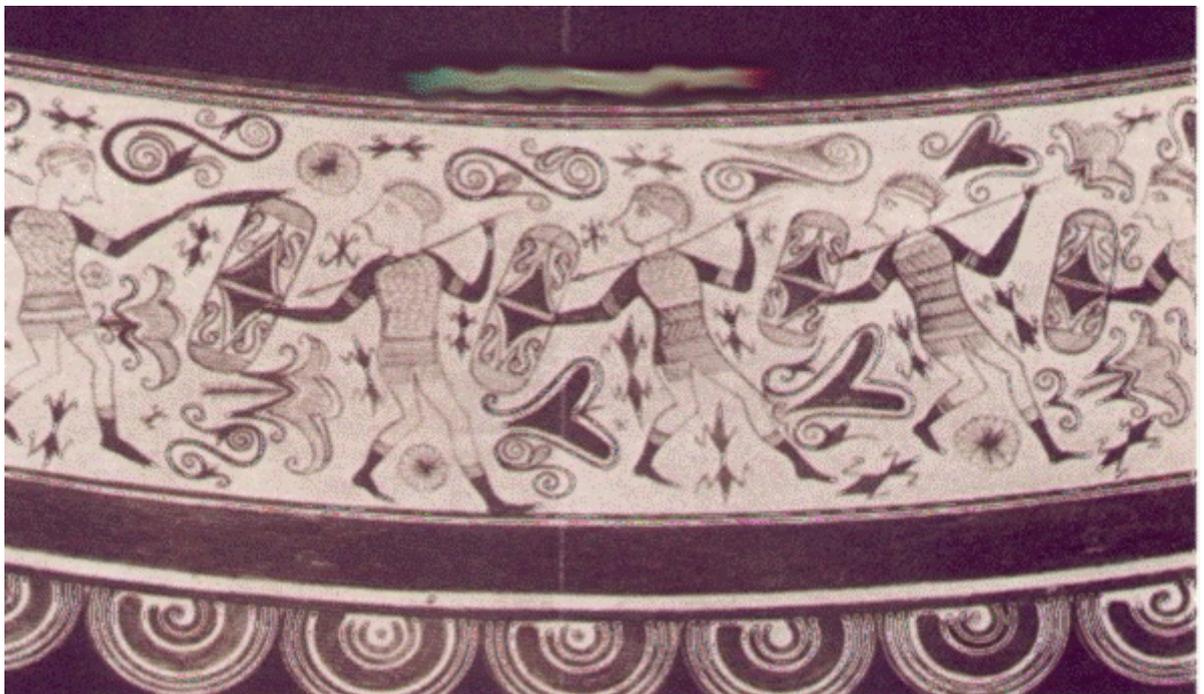
Con respecto a la cultura íbera hay que destacar los vasos de Liria, en los que se representan escenas en las que uno o varios hombres se enfrentan a un toro con la ayuda de un escudo. Al respecto hay que añadir que Ángel Álvarez de Miranda (citado por Hernández 2003, 140) “señala que en los cimientos de la antigua muralla de Clunia se encontró un relieve de un toro en el acto de acometer y frente a él, un hombre”. Se trataba de una práctica religiosa en la que guerreros íberos se enfrentaban a uno o varios toros, siendo este tipo de combates una ofrenda a los dioses.

La relación existente entre estos rituales y el desarrollo posterior de la tauromaquia en la Península Ibérica es patente y así es defendida por varios autores (Fernández 2003; Hernández 2003).

El otro gran grupo de actividades religiosas lo conformaban las danzas, mucho más comunes en la cultura íbera, y que se reflejan con gran detalle en la decoración de las vasijas

de cerámica de Liria y en algunos relieves hallados en Jaén. Los tipos de danzas que aparecen ilustrados son, en primer lugar, danzas guerreras al son de la música, en las que normalmente el choque de los escudos se utilizaba para marcar el ritmo; estas danzas tenían como objetivo instruir al pueblo sobre la valía del guerrero íbero. En segundo lugar danzas fúnebres, que solían realizarse en los entierros de personajes destacados dentro de la sociedad íbera (Pellón 2006).

Los artistas íberos representaban con gran detalle a los danzantes, gracias a ello es posible determinar que siempre actuaban en grupos, a diferencia del pueblo celta en el que primaban las danzas individuales. Los participantes, vestidos con ricos ropajes, se daban la mano y existía una serie de movimientos de pies que quedan claramente detallados en la decoración de las vasijas. Por último, indicar que los instrumentos musicales más usuales, con los que acompañaban a los cánticos, eran la flauta y el oboe; aunque también utilizaban otros como la llamada trompeta larga o el bastón como instrumento de percusión.



**Detalle de una vasija de Edeta (Valencia, España)**

Muchas de estas danzas evolucionaron, durante la época romana, hacia el ámbito festivo y llegaron a ser muy populares por todo el Mediterráneo. Según Hernández (2003), destacaron las bailarinas turdetanas que realizaban bailes festivos aderezados con cierta lascivia, lo que les proporcionó gran renombre por todo el Imperio.

En lo referente al ámbito celta, Sopeña (2001, 235) afirma que “tanto Apiano como Valerio Máximo acreditan la ejecución de danzas religiosas de carácter bélico previas al combate”. Estrabón (1992:108) comenta que, “los celtíberos y sus vecinos del norte hacen sacrificios a un dios innominado, de noche en los plenilunios, ante las puertas, y que con toda la familia danzan y velan hasta el amanecer”. También habla del culto al fuego, relacionándolo con el sol; así en el solsticio de verano se realizaban fiestas de purificación con danzas, carreras, luchas y sacrificios fuera de la ciudad. Añadir que, según Blázquez (2001), después de los sacrificios rituales solían practicar luchas gímnicas, políticas e hípicas, ejercitándose en el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales.

### **3.3 Cultura física en los ritos iniciáticos.**

En las civilizaciones de la Antigüedad eran comunes los ritos iniciáticos, conformados por elementos tanto religiosos como guerreros, que los jóvenes pertenecientes a las clases dominantes debían superar. Como defiende Bendala (2000), en la Hispania prerromana íberos y celtas desarrollaron un amplio abanico de este tipo de prácticas.

En el caso de la cultura celta los jóvenes guerreros estaban organizados en clases de edad y en fraternías, según Almagro-Gorbea (1993, 136) “Diodoro indica que comían por orden de edad y prestigio, dedicándose a la caza, las razzias y la guerra en territorios fronterizos”.

Lorrio (1997) afirma que una de las pruebas iniciáticas que más importancia tuvo entre los pueblos celtas de la meseta, fundamentalmente arevacos y lusones, fueron las razzias iniciáticas; cuya finalidad era probar el valor de los jóvenes guerreros antes de ser admitidos

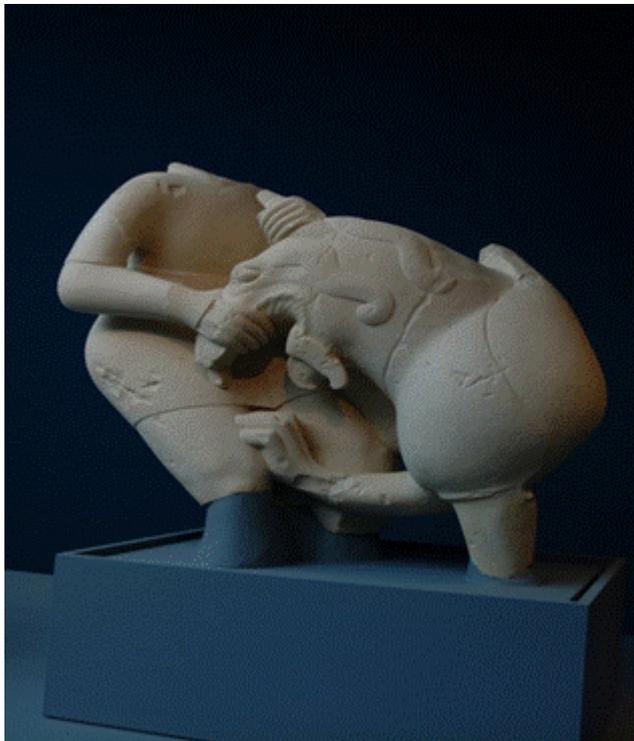
en la sociedad, además de permitir el enriquecimiento de la tribu y regular el posible excedente demográfico. Blázquez (2001) defiende que este tipo de rito iniciático permitió la expansión de estos pueblos por toda la meseta, ya que muchas de estas cofradías de jóvenes guerreros acababan asentándose en los terrenos conquistados.

En el ámbito celta también hay que citar los ritos iniciáticos que se llevaban a cabo en las saunas castreñas, construcciones de carácter cuasi rupestre pero con una rica decoración y que son conocidas como piedras formosas (Romero 2001). En su Geografía (1992: 84) Estrabón dice “en las inmediaciones del río Durio siguen un modo de vida lacónico, que utilizan dos veces al día los alipterios, toman baños de vapor que se desprende de piedras candentes, se bañan en agua fría y hacen una sola comida al día, con limpieza y sobriedad” Según Marcial (citado por Almagro-Gorbea 1993), para formar parte de la clase guerrera los jóvenes galaicos y vettones debían pasar por este ritual sin desfallecer. Algunos autores hablan de que dicho ritual incluía la inhalación de estupefacientes para representar el paso al Más Allá, de donde el joven salía renacido como guerrero; sin embargo no se han hallado referencias al respecto en las fuentes primarias consultadas.



**Piedra Formosa. Museo de Guimaraes (Guimaraes, Portugal)**

En el caso de la cultura íbera sólo se ha documentado la existencia de un rito de tipo iniciático. El joven guerrero debía adentrarse en el bosque y dar muerte a un animal de gran tamaño, cuya lengua debía traer como prueba de su hazaña. La heroicidad que acompañaba a esta práctica queda patente en restos arqueológicos como la Grifomaquia, del conjunto escultórico de Cerrillo Blanco, en la que un guerrero íbero es representado en plena lucha contra un grifo (Chapa 2005). La intención que subyace a esta representación es la de ensalzar al joven aristócrata, rodeándolo de un aura de heroicidad al luchar contra un animal mitológico.



**Grifomaquia. Parque arqueológico de Cerrillo Blanco (Jaén, España)**

### **Conclusiones**

El estudio realizado ha permitido caracterizar la cultura física de íberos y celtas, pueblos prerrománicos de la Península Ibérica. Al respecto, es necesario destacar la gran variedad de actividades de esta índole que eran practicadas por estas culturas, en contraposición con la poca importancia que se les presta en los manuales de Historia del

Deporte. El hecho de que estas actividades físicas tuvieran un papel importante en las sociedades celtas e íberas se refleja a través de sus restos arqueológicos, los cuales nos hablan de estas prácticas y de lo relevante que llegaron a ser. De hecho muchas de ellas fueron immortalizadas en pinturas y esculturas, quedando como testimonios indelebles y característicos de estas sociedades.

En primer lugar es preciso destacar el grupo de actividades con sentido ritual que practicaban, tanto de iniciación de los jóvenes dentro de la elite guerrera (como era el caso de las razzias iniciáticas o la caza de animales de gran tamaño), como asociadas a la religiosidad, como por ejemplo las danzas que servían de ofrenda a los dioses (únicas en las que se permitía la participación femenina, siempre y cuando pertenecieran a la nobleza).

Sin embargo, la gran mayoría de actividades propias de la cultura física halladas en las fuentes históricas tenían un marcado carácter bélico, ya que eran practicadas por la clase aristocrática, por tanto estaban claramente dirigidas hacia la preparación para la guerra. El estatus guerrero, era el gran atributo que diferenciaba a las castas dominantes, las cuales utilizaban la fuerza bruta para mantener su tiránica posición. Bajo este contexto se desarrollaron muchas prácticas orientadas a las actividades del guerrero y, por supuesto, al enaltecimiento y diferenciación de éstos con respecto al resto de la población. Este objetivo a lo largo de la historia ha sido muy común en diferentes épocas y contextos y estaba muy acorde con la ética de estos pueblos que, según Sopeña (2005, 235), “estaba impregnada de un marcado carácter agonístico con gran relevancia social, llegando a concebir la muerte en combate como un ideal para conseguir la inmortalidad del alma”. Esta ideología es muy similar a la de otras culturas coetáneas del resto de Europa y Asia, como los escitas, los eslavos o los espartanos.

No obstante, a partir del siglo II a.C Roma fue imponiendo su dominio en la península y ello influyó notablemente en las culturas indígenas. El estatus guerrero de las clases

dirigentes desapareció, constituyéndose en sistema censatario basado en los impuestos y en la acumulación de riquezas y joyas. No obstante la nobleza mantuvo su imagen guerrera a partir de uno de sus atributos más preciados, el caballo. Así en las ciudades para poder aspirar a un cargo administrativo era necesario poseer un caballo. Además, las monedas de esta época, emitidas por la aristocracia, tenían en su reverso imágenes de jinetes enarbolando un arma o una palma (Domínguez 2001).

Este proceso de romanización influyó también en la cultura física de estos pueblos, la cual dejó de ser propia de la aristocracia y se volvió menos ritualista; pasando a tener un marcado carácter de espectáculo público, muy acorde con el mundo romano. Así, las prácticas de la cultura física de los pueblos prerrománicos, fueron desapareciendo paulatinamente siendo sustituidas por las propias de la órbita romana.

Este proceso, por el que un pueblo conquistado va asimilando la cultura propia de los conquistadores y perdiendo gradualmente la propia, ha sido muy común a lo largo de la historia; y ha desembocado en el hecho de que las investigaciones suelen ceñirse a los grandes imperios y civilizaciones de cada época (por ejemplo durante la Edad Antigua en Grecia y Roma).

Por todo ello, como conclusión final de este estudio, es preciso realizar más investigaciones respecto a la cultura física de los pueblos prerrománicos peninsulares, ya que se trata de culturas escasamente estudiadas. Sólo algunos autores, concretamente Hernández (2003) y Fernández (2003), han realizado investigaciones que aportan datos relevantes en torno a estas culturas. No obstante, incidiendo en esta cuestión pero desde un marco más genérico, es necesario abrir una línea de estudio sobre las muchas culturas que han sido investigadas insuficientemente por múltiples razones: coexistieron con otras de mayor relevancia, fueron conquistadas, o simplemente no han sido un objeto de estudio con suficiente relevancia.

Esta línea de estudio aportaría importantes conocimientos y permitiría conocer el origen de muchas de las prácticas físicas, incluyendo juegos tradicionales, propias de un país o región. Sirva como ejemplo el hecho de que, según varios autores [Almagro-Gorbea (1993); Bendala (2000)], algunos ritos del folclore español tienen su origen en las tradiciones prerrománicas, como por ejemplo las hogueras que se encienden por toda la geografía española en la noche de San Juan o “El Paso del Fuego”, celebración que también tiene lugar en la noche del 23 al 24 de junio en la localidad de San Pedro Manrique (Soria).

---

<sup>1</sup> La Protohistoria se sitúa cronológicamente entre la Prehistoria y la Historia, aproximadamente desde el 4000 a.C. hasta el 1000 a.C. Las fuentes para su estudio son casi en su totalidad arqueológicas, aunque también se han hallado restos escritos. Este periodo suele incluirse tanto en el estudio del final de la prehistoria, como en el inicio de la Historia Antigua; ello se debe a que desde la invención de la escritura hasta su difusión por todo el mundo muchos fueron los siglos que debieron transcurrir, sobretudo en Europa. En definitiva se trata de un periodo en el que las distintas civilizaciones se desarrollaron culturalmente, alcanzando el inicio de la escritura y de la metalurgia.

### Referencias bibliográficas

ALMAGRO-GORBEA, Martín. (dir.).1993. *Los celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

BENDALA, Manuel. 2000. *Tartessos, íberos y celtas*. Madrid: Temas de hoy.

BERNARDO, José (org.).2005. *Historia e Informática*. Córdoba: Servicio de Publicaciones Universidad de Córdoba.

BISQUERRA, Rafael. 1989. *Métodos de investigación educativa: guía práctica*. Barcelona: CEAC.

BLÁZQUEZ, José María. 2001. “La religión celta en Hispania”. In: *Celtas y vettones (exposición)*. Ávila: Excma. Diputación Provincial de Ávila: 170-181.

CERDEÑO, Maria Luisa. 1999. *Los pueblos celtas*. Madrid: Arcos Libros S.L.

---

CHAPA, María. 2005. “Los Íberos”. In: A. Jimeno (ed.), *Celtíberos tras la estela de Numancia*. Salamanca: Excma. Diputación de Soria: 39-49.

CUADRADO, Emérito. 1968. *Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara)*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.

DOMÍNGUEZ, Antonio. 2001. “La moneda celtíbera”. In: *Celtas y vettones (exposición)*. Ávila: Excma. Diputación Provincial de Ávila: 218-227.

ELIAS, Norbert; DUNNING, Eric. 1992. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Mexico D.F: Fondo de Cultura Económica.

ESTRABON. 1992. *Geografía. Libros III-IV*. Madrid: Editorial Gredos.

FERNÁNDEZ, Juan Carlos. 2003. “Los Taurarii en la Bética”. In: J.M. Zapico (dir.), *Materiales para el estudio de la historia del deporte en Andalucía I*. Málaga: I.A.D: 85-108.

GARCÍA BELLIDO, Antonio. 1993. *España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabón*. Madrid: Espasa-Calpe.

HERNÁNDEZ, Manuel. 2003. *Antropología del deporte en España*. Madrid: Librerías deportivas Esteban Sanz S. L.

HUIZINGA, Johan. 1987. *Homo Ludens*. Madrid: Alianza.

JIMENO, Antonio. 2001. “Numancia”. In: *Celtas y vettones (exposición)*. Ávila: Excma. Diputación Provincial de Ávila: 238-247.

LAVEGA, Pere. 2000. *Juegos y deportes populares tradicionales*. Barcelona: INDE.

LORRIO, Alberto. 1997. *Los celtíberos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

---

MARTÍNEZ GORROÑO, M<sup>a</sup> Eugenia. 2003. “La investigación de la cultura física de las civilizaciones antiguas: reflexiones y propuestas en una aproximación a la antigua civilización cretense”. *Revista digital de Educación Física y Deportes* [en línea], 62: 1-14.

MARROU, Henri Irénée. 1968. *El conocimiento histórico*. Barcelona: Labor.

OLMOS, Rafael. 2005. “Competiciones y agones en Iberia”. In: *Reflejos de Apolo. Deporte y arqueología en el Mediterráneo antiguo*. Madrid: Ministerio de Cultura: 101-112.

PELLÓN, José Ramón. 2006. *Íberos. La vida en Iberia durante el primer milenio antes de Cristo*. Madrid: Espasa.

PEREIRA, Flávio. 1988. “Dialética da cultura física: introdução crítica à educação física, do esporte e da recreação”. *Revista Movimento*, 2: 24-28.

ROMERO, Fernando. 2001. “La artesanía: cerámica, bronce, hierro”. In: *Celtas y vettones (exposición)*. Ávila: Excma. Diputación Provincial de Ávila: 134-147.

RUIZ, Diego. 1995. “El caballo en tiempos pre-romanos: representación y función”. In: P. De la Torre (coord.), *Al-Andalus y el caballo*. Barcelona: Lunwerg, D.L.:31-49.

SOPEÑA, Gabriel. 2005. “La ética agonística y el ritual funerario”. In: A. Jimeno (ed.), *Celtíberos tras la estela de Numancia*. Salamanca: Excma. Diputación de Soria: 235-240.

**AUTOR:** GONZALO RAMÍREZ MACÍAS.

**DIRECCIÓN POSTAL:** FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN.  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA. AVDA. CIUDAD JARDÍN 20-22. C.P: 41005 SEVILLA  
(ESPAÑA).

**INSTITUCIÓN:** UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

**POSICIÓN:** PROFESOR AYUDANTE CON GRADO DE DOCTOR.

**TITULACIÓN:** LDO. CIENCIAS DE LA ACTIVIDAD FÍSICA Y EL DEPORTE.

DOCTOR POR LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.